

UN HOMBRE Y SU NOMBRE

CUENTO CON MORALEJA

POR PORTOPIN

¡Voy a contaros una historia! Hoy que vivimos en los tiempos del «suspense», de la guerra fría, de las grandes tragedias y de otras cosas tremebundas, yo voy a contaros una historia sencilla, que empieza como empezaban las historias antaño.

¡Erase una vez... un hombre llamado Angel! Un hombre que amaba la Naturaleza y todas sus maravillosas creaciones, y entre ella la más hermosa: la Montaña. Y este hombre, en su más tierna juventud se enamoró de ella y la cortejó del modo que él mejor consideró, para saciar su amor por ella. ¡Recogiéndose en su seno día tras día, ya hiciera frío o calor, lluvia o nieve, y sin importarle sus veleidades, pues le bastaba estar en ella para ser feliz!

Pero cierto día, este hombre, conoció a una mujer y como en los clásicos tiempos de Maricastaña, se casó con ella y fueron felices.

Y así las cosas, el tiempo fue pasando y nuestro Angel, que no podía olvidar a su «antigua novia», se sinceró con su esposa, diciéndole:

—¡María, yo no puedo olvidarme de la Montaña!

—¡Ya lo sé Angel! —contestó ella sonriente—, y conozco tu cariño sincero y honesto por ella... ¡Yo te acompañaré a cortejarla!

Y desde aquel día, Angel y María unas veces, otras veces Angel solo, se dedicaron por entero a cortejar a su nunca olvidado amor: los verdes montes y sus pétreos y grises riscos. Y se entregó a ella con tanto afán y cariño, que se propuso y consiguió, construir una casa en su regazo, para poder estar más cerca de ella y para que sus descendientes, pudieran disfrutar con más comodidad del cariño que él disfrutó. Y sólo, se le concedió un placer: dar su nombre a aquella casa, que cuidó y mimó como si fuera la suya propia.

Y aquí termina mi cuento. Angel y María fueron felices y... yo no sé si comieron perdices, pero... ¡es posible que alguna vez sí!

MORALEJA

Pero todo cuento que se precie de serlo, debe tener su moraleja y claro está que el mío, también la tiene:

Haz el bien en la Montaña,
sin pensar a quien lo haces,
ni que el hacerlo es una hazaña.

Mas... no esperes otros frutos
ni más agradecimientos,
que su paz, y tu gozo en ella
y... un poco de sufrimiento.

Y el hombre de mi cuento, que aún continúa sus correrías como en sus años mozos, en el que el paso del tiempo ha dejado pocas huellas en su animoso y fuerte espíritu, recorre día tras día nuestras montañas, con una seriedad y rectitud en todas sus actuaciones y más aún en lo concerniente a su casa-refugio, que le han hecho herir más de un sentimiento susceptible, calificando de carácter inflexible y dictadura, a lo que no ha sido más que un exceso de celo, por la mejor conservación de la casa-refugio de sus desvelos.

Pero lo que no se concibe, ni en los cuentos, es que «personas» que ascienden a gozar de los deleites de la Montaña, encuentren su diversión en destrozar (como han hecho con esa venerada imagen de la Virgen de Begoña, que guía nuestros pasos desde la cima de Gorbea, pero esto ya merece un capítulo aparte), el único fruto material que el protagonista de mi cuento consiguió: como progenitor del refugio, ver su nombre grabado en una placa de cemento, en forma de flecha y que a la vez servía de orientación a los montañeros que fatigados, llegan buscando el cómodo asilo de la casa-refugio, en la que siempre encuentran, una botella de fresco vino, u otra bebida reconfortante, así como una palabra amable del simpático y servicial guarda, a la vez que una sencilla pero apetitosa comida, para los amigos de subir al monte poco cargados.

EPILOGO

¡Montañeros que dirigís vuestros animosos pasos a nuestras hermosas montañas! Cuando habléis o penséis en alguien que se parece al Ángel de mi cuento... ¡sed generosos y MONTAÑEROS!, así, con mayúsculas, que es lo más hermoso que se puede ser. Considerad y admirad solamente, la inmensa labor desarrollada durante su larga vida, sus hazañas montañeras, conseguidas en unos tiempos en los que era mucho más difícil que hoy, y que en compañía de unos pocos elegidos, que están en la mente de todos, locos idealistas para quienes no comprendían su altruista afición, y que en conjunto dieron gloria y renombre a nuestro montañismo. No consideres nunca sus errores, si pudo tenerlos, piensa en sus trabajos y desvelos para la construcción de la casa-refugio que hoy disfrutamos. No consentas que «individuos» que acuden al monte, destrocen el único vestigio material de una vida de trabajo en favor de los amantes de la Montaña.

¡Encontrar diversión en romper una placa de cemento en forma de flecha, por el mero hecho de tener un nombre grabado en ella, empleando sus trozos, en rellenar unos hoyos del sendero, es una mísera y pobre diversión!

La historia como véis, es simple. No es moderna. Y la moraleja se me ha hecho larga y tediosa. ¡Perdonadme por ello! Pero yo no sé amenizarla como lo haría un Saturnino Calleja, un Andersen o Grimm.

Pero colmará por completo mis aspiraciones, si un día llego a saber que ha servido, para los que hicieron el destrozo, ya están arrepentidos. Y a todos los demás si conocéis a alguien que se parece al protagonista de mi cuento, pensad en la intención y la obra del HOMBRE y respetad su NOMBRE.